



Bitácoras

Edison Araya Pérez

Edison Araya Pérez

*Miembro estable en Ballet de Santiago,
Licenciado en Artes Escénicas
Universidad Mayor; Fotógrafo, Profesor
de Técnica Académica del Departamento
de Danza de la Facultad de Artes
Universidad de Chile.*

Mirar una foto nuestra luego de mucho tiempo, es re-encontrarnos con alguien que fuimos en ese momento. Es volver a emocionarse con un recuerdo. Es ver el paso del tiempo través de los cambios en nuestros cuerpos con todo lo que eso implica. Es abrir una puerta que conecta con un tiempo remoto que nos puede provocar alegría, tristeza, nostalgia o cualquier otro sentimiento, pero, no nos deja indiferentes. La fotografía tiene ese poder inexplicable. Es en definitiva una fracción de vida que quedó atrapada en ese espacio ya sea de papel o en un soporte digital.

Ser uno quien registra esos espacios de tiempo, es un privilegio. Ahora registrar la danza, es apasionante. Si se es a la vez intérprete, es tener la capacidad de registrar la propia experiencia proyectada en otros cuerpos, en otras formas de sentir y de experimentar el movimiento y, es a partir de esa diversidad mutante, que el registro se enriquece tal como el gesto vuelve a dibujarse con matices únicos en cada individuo. Cada intérprete es un mundo único e irreplicable que reescribe el texto original con el aporte de su historia, así cada vez la obra puede tener diferente lectura sin alterar la esencia de la misma.

Personalmente, observo la danza desde dos perspectivas, una externa que se expresa en formas y deja en evidencia la destreza física, el recurso técnico y la espectacularidad resultante en la escena, y la otra, una forma interna que comunica emociones y sensaciones que conectan al intérprete con el espectador en un lugar común donde ambos resuenan. De esa forma también el registro fotográfico puede adquirir colores que transiten entre ambas percepciones interna y externa.

Siendo el Ballet el lenguaje al que me he dedicado por espacio de 23 años, considero que la imagen externa, geométrica y definida, es producto del dominio técnico, resultado de años de trabajo riguroso y disciplinado a través del cual el intérprete educa el gesto, lo hace propio y puede repetirlo día a día llegando a ser mecánico. En definitiva, lo es, pues se equipara al lenguaje escrito y hablado que resulta espontáneo y fluido. Esta forma puede dar como resultado fotografías a las que podríamos llamar Registro -documental.

Pensando en esos términos, captar una imagen externa cuando se tiene incorporado ese lenguaje en el propio cuerpo, es más fácil de lograr a través del soporte fotográfico, es casi natural. Se conoce el tiempo del movimiento, las transiciones para llegar al punto más alto de la expresión de tal o cual gesto. Se conoce también lo estéticamente esperado o ideal y finalmente está la certeza de que, si no se captó el momento preciso, en el siguiente ensayo o espectáculo, volverá a ocurrir exactamente igual, entonces hay otra oportunidad para atraparlo.

En las imágenes:

- **Natalia Berrios**
(Primera Bailarina estrella Ballet de Santiago)
- **Cesar Morales**
(Primer Bailarin Royal Ballet de Birmingham)
- **Rodrigo Guzmán**
(Primer Bailarín Estrella Ballet de Santiago)
- **Andreza Randisek**
(Primera Bailarina Estrella Ballet de Santiago)
- **Romina Contreras**
(Primera Bailarina Ballet de Santiago)
- **Gabriel Bucher**
(Ex-integrante Solista Ballet de Santiago)
- **Profesores, alumnos y ex-alumnos del Departamento de Danza**









De ninguna manera esto resta mérito a la captura fotográfica, aún más si lo que se busca es ese preciso instante.

Desde el punto de vista del fotógrafo de danza y pensando en la forma, lo ideal es poder observar desde el frente pues esa perspectiva es de donde mejor se logra captar la totalidad del movimiento en su mejor ángulo. El encuadre y la composición de las imágenes tendrán la coherencia con el todo y el registro documental será más elocuente. Ahora no siempre es posible estar en ese lugar y es preciso buscar otras locaciones que pueden ser la bambalina, desde atrás del escenario, desde algún rincón escondido muchas veces incómodo y en un principio eso podría parecer una limitación, pero es precisamente ahí, donde encontré el otro lado de la danza, ese espacio interno al que no es fácil poder acceder y donde ocurre para mí la magia de lo expresivo. Es poder mirar con otros ojos y adentrarse en ese espacio-tiempo indefinido del que soy parte interna y externa a la vez. Ahí confluye el intérprete y el fotógrafo, en una comunión profunda de cuerpo, mente, espacio, música, silencios y ante mí, la cámara, esa proyección de la mirada capaz de registrar aquello que solo permanece un instante para desaparecer al siguiente. Esa fracción de tiempo que para muchos ni siquiera existió pues la mirada puede estar fija en otro momento simultáneo. Ahí comienza la poesía de la imagen capturada a través de la cámara, que puede prolongar el instante efímero y mantenerlo en un estado latente que luego será la materialidad de un recuerdo y testimonio de la presencia.





Personalmente, concibo la fotografía como un acto de guardar, de conservar una fracción de ese tiempo-espacio efímero al que se tiene acceso mediante la cámara y sin duda es el rescate, para mí, poético de ese instante irreplicable, lo que imprime el valor a la fotografía.

Actualmente, los incesantes avances en tecnología de la imagen, tanto en las posibilidades que ofrece la cámara propiamente tal, así como los programas de edición, llevan a valorar de manera excesiva, aspectos de la fotografía que a mi juicio no contienen la esencia de la misma. Hoy se busca y se exige un grado de nitidez en la imagen, que de no estar presente, una fotografía puede fácilmente ser descartada, sin embargo, esa imagen descartada podría contener el punto clave de una historia, personas que tal vez no vuelvan a estar en esa situación por diversas razones, un lugar exacto que luego ya no exista.

La danza es efímera también pues ocurre y desaparece, muchas veces obras que sólo se realizan una vez con unos únicos intérpretes, es ahí donde la fotografía se transforma en mirada, memoria y constatación de una presencia"









Este aspecto del ejercicio fotográfico es el motor de mi trabajo, esa conexión con la sensibilidad del recuerdo que me identifica por sobre otras características, me lleva a captar con más frecuencia, imágenes que contengan una carga emocional, y es por ello que prefiero los primeros planos, rostros, manos, expresiones que den cuenta de la emoción que resulta de un trabajo interno, conectado y exteriorizado a la vez.

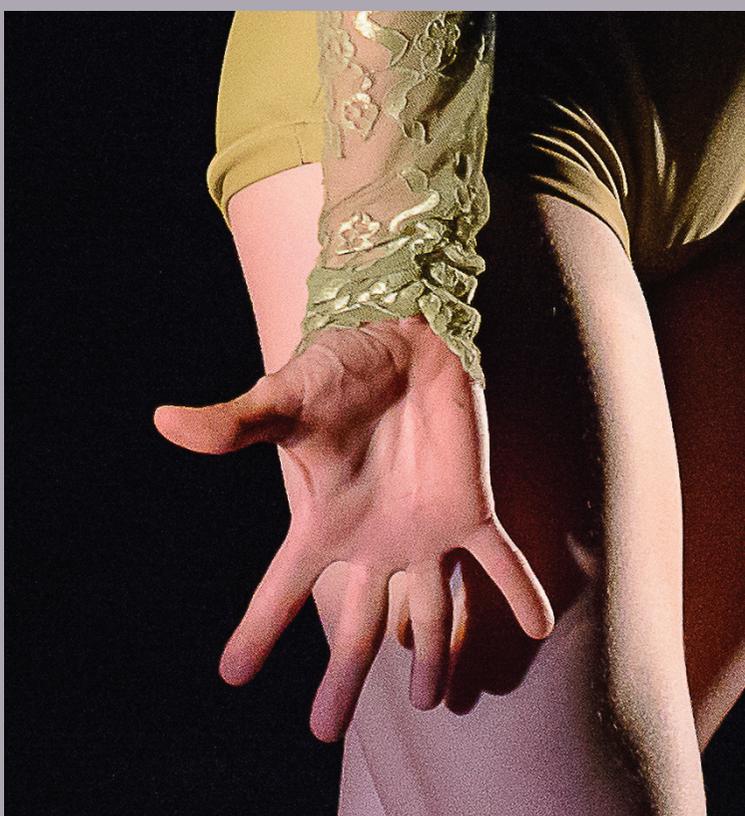
Naturalmente en el mirar fotográfico, es necesario el ejercicio de ensayo-error y al principio se hacen cientos de tomas (aún más con la factibilidad de la tecnología digital) antes de identificar aquello que fija la vista en un tipo de imagen que, en definitiva, sea el reflejo interior del fotógrafo proyectado en el afuera. El resultado de una fotografía, es en parte lo que reside al interior del fotógrafo y la proyección que este encuentra en un hecho externo.

Así llegué a la fotografía del movimiento, atrapando cientos de imágenes de otros que sin ambición se van quedando en mi archivo. Fotografar es, en definitiva, atesorar fracciones de tiempo en un espacio determinado y para tal efecto el fotógrafo debe tomar la difícil decisión de abandonar el espacio fuera del encuadre.

Si vuelvo al comienzo del artículo, esta forma de fotografía corresponde a lo que intento definir como la mirada interna de la danza, estas imágenes que dan cuenta de las sensaciones que vienen desde lo más profundo del interprete, desde su vivencia, de la historia personal que se vuelca en la escena y añade colores y texturas a la obra. De esta manera es difícil encontrar límites entre el intérprete, la obra, el fotógrafo y el resultado.

Esta corporalidad que va más allá del gran gesto, habla a través de los detalles más sutiles, la profundidad de la mirada, el trabajo de las manos, los labios que se aprietan o entre abren, lágrimas a punto de derramarse, la desesperación, el miedo, la expresión de placer... una gota de sudor que recorre la mejilla etc. Este aspecto de la danza es distinto a la forma, pues inevitablemente las expresiones y sensaciones son individuales, mutan cada día, se tiñen del estado anímico. No hay una técnica para experimentar amor o miedo en el sentido humano, simplemente se siente y cada uno lo percibe y lo expresa de manera diferente aun cuando se trata de una actuación.

Todo lo anterior multiplicado por la diversidad de intérpretes, reafirma mi percepción de que existen infinitas lecturas dentro de una misma obra, aun cuando pueda tratarse de un clásico que parece inamovible y asimismo se pueden lograr muchas y diversas imágenes.





Ahora bien, al intentar organizar las ideas en torno a la naturaleza de este vínculo con la fotografía surgen relaciones que no puedo soslayar y se me vienen ciertas comparaciones tales como el hecho de que podemos hablar más de un idioma y que nuestro cuerpo puede aprender diferentes lenguajes y comunicar los mismos mensajes en formas distintas.

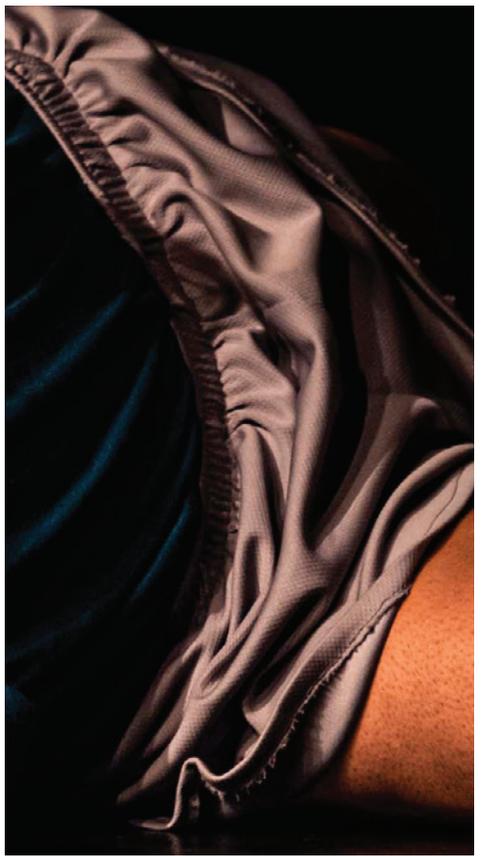
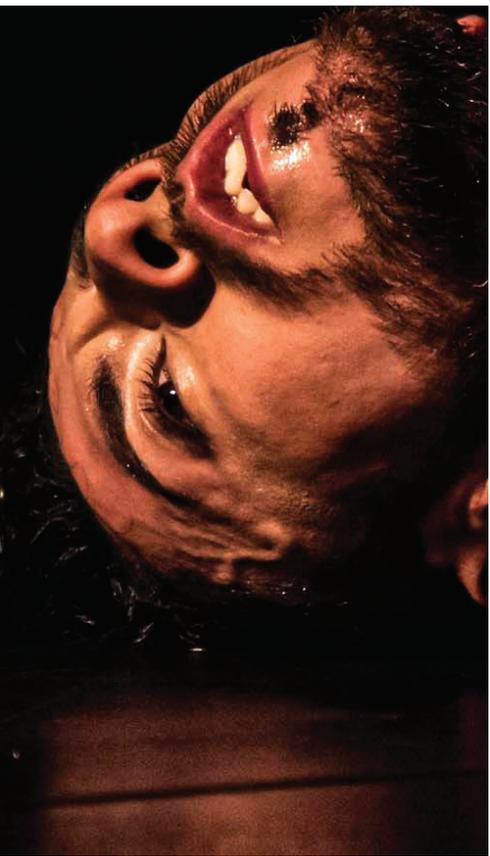
Poder observar esta diversidad desde la fotografía ha sido desafiante y enriquecedor.

Esta experiencia llegó con mi ingreso al departamento de danza de la Universidad de Chile en el año 2010 pues el ejercicio de la docencia de la técnica académica con estudiantes de danza contemporánea, hizo necesario conocer este lenguaje y relacionarme con él a fin de encontrar un punto de unión que facilitara el trabajo de ambas partes.

Si bien al comienzo no fue fácil, el ejercicio de la práctica ha dado sus frutos en más de una forma, pero como este artículo se refiere a mi relación con la fotografía, me abocaré a ese aspecto.

A partir del año 2010 comencé a observar el trabajo en clases de danza contemporánea y también los ejercicios de creación que realizan los estudiantes a la vez de fotografiarlos cada vez que podía. Ahí comenzó otro aprendizaje, pues mi experiencia se limitaba, hasta entonces, a la fotografía de ballet, que por obvias razones me circunscribía dentro una mirada estética muy particular, donde los cánones de belleza son demarcados por el estilo propio del Ballet. Cuerpos con características muy específicas, movimientos para mí conocidos y una dramaturgia siempre clara y conocida, el ballet es narrativo, lo que naturalmente facilitaba el encuentro con lo que busco fotografiar.

Todo esto significó reconsiderar mi percepción de lo que hasta entonces era la belleza que yo buscaba en la danza, abandonar prejuicios y conceptos estéticos aprendidos a lo largo de mi historia, en virtud de una amplitud integradora. Este ejercicio fue posible en parte, gracias a la apertura que logré poner en práctica bajo la premisa de que cualquier aprendizaje siempre es un aporte y por otro lado relacionarme con formas de arte contemporáneo, referentes teóricos durante el estudio de mi Licenciatura en Artes Escénicas, que me ayudaron a comprender nuevas miradas del cuerpo en el contexto contemporáneo, así como también la característica interdisciplinar del quehacer artístico en la actualidad.





En la fotografía de danza contemporánea, encontré una cierta libertad de mirar en relación a la forma, pues no existen las estructuras que veo en el Ballet, lo que no es bueno o malo, son simplemente características que permiten una nueva forma de plantear la imagen. Un nuevo ejercicio de ver. Es como escuchar otro idioma y no entender nada, luego para comprenderlo hay que estudiar, darse el tiempo de conocerlo y quererlo para que pueda en algún momento ser vehículo de nuestro pensamiento y expresarnos a través de él.

Ahora bien, lo importante de este ejercicio, ha sido encontrar el común denominador, ese hilo conductor que va más allá de las diferencias estructurales inherentes a cada técnica y en el tiempo veo que ese punto de unión es el cuerpo como soporte tanto de movimientos y de emociones. Lo transversal del cuerpo como motor integrador y creador.





Obviamente continúo en la exploración pues lo contemporáneo es algo que sigue ocurriendo, mutando, es parte de nuestro cotidiano y está en constante movimiento por lo que surgen nuevas propuestas y con ellas otros desafíos, otras formas de concebir la mirada, el movimiento y la imagen.

Continúo abierto a los planteamientos visuales que aparecen ante mi cámara y tal vez sea prudente proponer aquí la cuestión respecto a la coexistencia de lenguajes dancísticos en la escena de nuestro país. Me gustaría encontrarme con fotografías donde los intérpretes se sientan libres de usar más de un lenguaje con propiedad, sin restricciones estilísticas. Lograr que esos cuerpos llenos de emociones puedan transmitir un discurso rico en matices, donde puedan poner en práctica su aprendizaje técnico en diversas áreas, enriqueciendo su danza y por tanto comunicando con más recursos aquello que como intérpretes sienten ganas de decir. 











